

**Prieto, Martín. *Breve historia de la literatura argentina*
Buenos Aires, Taurus, 2006, 551 páginas.**

Si uno considera los problemas que han planteado algunas de las teorías de la literatura del siglo XX en torno a cuestiones como la dificultad de determinar los elementos relevantes para una teoría de la evolución literaria, la inestabilidad de los criterios de valor estético, la mutabilidad de las concepciones acerca de lo literario y de sus relaciones con lo extraliterario, las implicaciones ideológicas de la estipulación de cánones, la complejidad al establecer los límites de una literatura nacional, etcétera, la tarea de escribir una historia de la literatura parece no sólo ciclópea sino incluso imposible. Hay preguntas a partir de las cuales no hay respuesta correcta alguna, sólo la manifestación y el sostenimiento, todo lo racional que se quiera y se crea, de una teoría personal, de elecciones de gusto y de criterio. Martín Prieto, consciente de las dificultades, decide hacerse cargo de esta imposibilidad, y opta, desde el inicio, por tomar la historia de la literatura como un género literario propio, con sus peculiaridades.

Por este motivo, no rehuye ni complica teóricamente las respuestas a estos problemas y respeta las convenciones del género, las que son sobrepasadas por el uso de una ironía muy fina. La historia de la literatura se presenta entonces como la evolución de un dominio que, a partir de hitos fundadores, se desarrolla cronológicamente, a veces por sus propias reglas y otras en consonancia con factores sociales y políticos; en ella se hilvanan juicios de valor que se establecen taxativamente, y es habitual la remisión a grandes categorías explicativas que funcionan como hilos conductores de las argumentaciones y valoraciones del texto.

El autor logra así, con gracia y un manejo sutil y humorístico de la lengua, que se destaca desde los resúmenes a la vieja usanza que encabezan cada capítulo, hasta la frase casi sentenciosa que los cierra, escribir un texto para un público amplio. A la vez que presenta una cuidadosa revisión de los trabajos críticos, tanto los contemporáneos a los autores como los más recientes, y hace una lectura atenta de los textos que elige analizar, Prieto entrega un texto de lectura ágil y agradable que da una visión de conjunto sobre la literatura argentina y que representa un buen punto de partida para un lector medio o aun especializado.

El libro consta de diecisiete capítulos, el primero de los cuales, luego de dar cuenta de la desaparición de las lenguas vernáculas, afirma que “la historia de la literatura del territorio que más tarde ocupará la Argentina comienza embrionariamente a escribirse con la llegada del primer adelantado en 1536” (p. 12). Este “Capítulo - 1” da paso a un “Capítulo 0” dedicado al Neoclasicismo, a la literatura de la Revolución y de la Independencia, que a su vez da paso al “Capítulo 1” (se diría el “verdadero” inicio de la literatura argentina) que versa, así como el siguiente, sobre la gauchesca, una rotunda novedad con la que nace “una literatura original finalmente sincrónica con la revolución política” (p. 38). De aquí en más éste se convertirá en uno de los ejes vertebradores de la historia y de las valoraciones adjudicadas a las diferentes manifestaciones literarias: la relación entre literatura y política (entendida en su sentido tradicional, previo a la reinvenición de su significación teórica en la segunda mitad del siglo XX) como una de las marcas de la literatura nacional, o al menos de la que merece ser recordada y validada.

Seguirán los capítulos dedicados, a grandes rasgos, a la “Joven Generación del 37”, a Sarmiento, a Mansilla y la generación del 80, al modernismo, al posmodernismo, a la vanguardia martinfierrista, a la boedista, a Roberto Arlt, al grupo *Sur*, a la intervención crítica de *Contorno*, a los poetas de los 50, a los narradores del *boom*, a los poetas de los 60. En cada caso se elaboran líneas de conexión con autores anteriores y posteriores, proponiendo recorridos intertextuales en ambos sentidos.

El último capítulo del libro se cierra con la consideración de las corrientes más sobresalientes de los años ochenta del siglo XX y la mención de sus derivaciones en algunos de los narradores y poetas de la década siguiente.

La poesía como género ocupa un lugar central en cada uno de los períodos o grupos relevados, y esa particularidad constituye uno de los encantos del texto, en la medida en que es un género que, a veces relegado por la crítica, tiene sin embargo su propia tradición en la literatura nacional. El libro cuenta además con un valioso material bibliográfico en una lista detallada de los autores mencionados y de sus obras más relevantes, y con un índice onomástico.

Merece destacarse la cuidadosa elaboración de un andamiaje racional que sostiene el texto, y que permite dar una lectura unificada y coherente de los monumentos de la literatura argentina, la cual va acompañada de un tono de evaluación que quiere ser ecuánime.

Entre las numerosas preguntas que suscita una obra de estas características, por ejemplo: ¿qué es lo que se historiza en una historia de la literatura?, ¿por qué aparecen unos autores y otros no?, ¿qué criterios o valoraciones rigen estas elecciones?, ¿cómo se cuenta la literatura?, ¿qué relaciones se pueden establecer como pertinentes entre la historia, la política y la literatura argentinas? una lectura más atenta del texto como tal permite percibir que su autor no ha podido, como nadie puede, según afirma la hermenéutica, sino trazar su

Breve historia de la literatura argentina desde su aquí y ahora: la polémica no acallada todavía entre neobarrocos y objetivistas.

El libro de Prieto parece querer aportar a la contienda el marco académico, teórico e histórico que justifica la supremacía del objetivismo por sobre su contrincante en la medida en que, por una parte, evalúa que el neobarroco, “ornamental”, “exuberante”, “culterano”, tiene un valor históricamente contradeterminante al irrumpir en la escena literaria argentina, cuando “la expectativa, condicionada por la singular coyuntura política y cultural de fines de la dictadura militar iniciada en 1976 y terminada con la asunción del mando del nuevo presidente constitucional, Raúl Alfonsín, el 10 de diciembre de 1983, parecía estar dirigida hacia la aparición de una nueva poesía comprometida, un renovado coloquialismo realista y militante, próximo a las enseñanzas de Juan Gelman y entroncado con la tradición emblemáticamente representada por Raúl González Tuñón”, al mismo tiempo que son éstos los valores que rigen la organización del libro.

A este respecto, hay algunas categorías que se vuelven problemáticas por su relevancia misma: “Romanticismo”, “Surrealismo”, y la idea de lo nuevo. Lo que no resulta sorprendente si se considera que su evaluación es la gran tarea en torno a la cual se ha debatido no sólo la poesía sino también la estética del siglo XX, las que, como muchos afirman, aún no han podido deshacerse de su enorme influencia ideológica y estética.

En relación con el Romanticismo se ha vuelto habitual una lectura que menoscaba la complejidad teórica relativa no sólo a sus enunciaciones filosóficas o poéticas sino a sus mismas obras de arte. Ello se ha debido al hecho de haber otorgado mayor consideración a las propuestas programáticas que a las obras en sí, o a un Romanticismo derivado, el latinoamericano, copiado a su vez de otra derivación, española o francesa. Prieto intenta distanciarse un tanto de esta lectura; algunos ecos de ella se dejan ver en el hecho de que estos sucesivos deslizamientos estético-ideológicos han hecho que por Romanticismo se comprenda cierto tono devaluado de efusión sentimental y de subjetividad, así se trate de una subjetividad experimental o lúdica (asociada también por lo común a textos escritos por mujeres, que cuando escapan a ello resultan, en su defecto, “militantes”, o se catalogan bajo la rúbrica algo vaga de una “enunciación de lo femenino” que no hace justicia ni a la complejidad teórica del concepto ni a la de sus concreciones poéticas). Otro tanto suele ocurrir con el Surrealismo, aunque mediado como mito en este caso por la reconsideración y el uso técnicos que de él hace Aira.

Por otra parte, Prieto persigue las huellas históricas de una línea “objetivista” o “realista”, que se retrotrae aquí a los primeros textos de Quiroga (autor de descripciones objetivas que tendrían correlatos objetivos en el paisaje y que resultan desconcertantes, por su novedad y por la ausencia de juicio autoral con respecto a lo representado), se destaca en González Tuñón (autor una obra “simultáneamente realista, política e inspirada” p. 239) y del cual se van encontrando otros hitos que jalonan el camino hacia su realización acabada en la poesía de los 80 y sus seguidores de los 90.

Este nuevo capítulo de una vieja contienda (que Prieto resume sesgadamente afirmando que: “no es evidente que los modelos de *Literal* –la lingüística y el psicoanálisis– hayan sido mejores o más eficaces que aquellos a los que con tanto empeño decidió refutar: el estructuralismo y la sociología de la literatura” (p. 431)-, omitiendo que tampoco es evidente lo contrario) tal vez no haga sino confirmar una vez más lo que notó Paul Ricoeur hace ya unos cuantos años: la dificultad o casi imposibilidad para la teoría y para la crítica de compatibilizar las visiones de la literatura provenientes de un sustrato filosófico anglosajón y las provenientes de un sustrato francés, como si en algún punto fueran ilegibles unas para otras.

Anahí Diana Mallol